

do tendremos en nuestros corazones fuentes de agua viva que corran hacia la vida eterna? ¿Cuándo nos aproximaremos con gusto á las fuentes del Salvador? (33).

Madama de Estonnac, viuda del marqués de Montferrand, fundó en la Guinea la congregación de la Virgen, que fué la primera en la cual las mujeres se dedicaron á dar la instrucción cristiana á ejemplo de los jesuitas. La piadosa viuda genovesa, María Victoria Fornari, fundó las anunciadas celestinas, separadas de todo trato con el mundo para vivir enteramente con la vida del espíritu. Madama Orleans Longueville fundó también en París la congregación de la Virgen del Calvario dirigida por el célebre padre José, capuchino, consejero de Richelieu.

Gaetano, 1480-1547.—Conociase especialmente la necesidad de una restauración en el clero secular. Gaetano Tiene, noble veneciano, hombre excelente y pacífico, ascético hasta el entusiasmo, que lloraba orando, y deseaba reformar el mundo; pero sin que el mundo conociese que existía, se unió al impetuoso Juan Pedro Carraffa, obispo de Chieti. Habiendo notado este prelado que no había hecho más que aumentar sus inquietudes abandonándose

(33) Véase lo que dice de san Francisco de Sales, el padre Luis de la Ribier, mínimo, que ha escrito su vida: «Todos los domingos, y en la época de la cuaresma, los sábados después de comer, enseñaba el catecismo á los niños; para lo cual una hora antes un heraldo daba vuelta á la ciudad, vestido con una casaca violada, tocando una campanilla y gritando: ¡A la doctrina cristiana! os enseñarán el camino del Paraíso. He tenido el honor de participar de aquella bendita doctrina, y nunca he visto espectáculo semejante: aquel amable y verdaderamente buen padre estaba sentado en un trono, elevado unas cinco gradas; todo el ejército infantil le rodeaba, con gran número de los más calificados, los que no se desdenaban de ir allí á recibir el pasto espiritual. Era una cosa sin igual, oír con cuánta familiaridad esponía los rudimentos de nuestra fe; sobre cada punto se le ocurrían ricas comparaciones para espesarse; miraba á su pequeña sociedad, y ésta le miraba á él; se hacía niño con ellos para formar al hombre interior y perfecto, según Jesucristo.» Y en otra parte: «Especialmente parecía estar en su elemento, cuando se encontraba con los niños; ellos formaban sus delicias y placeres; los acariciaba y agasajaba con una sonrisa y unos modales muy graciosos. Igualmente depositaban toda su confianza en él; rara vez salía de su casa sin verse de repente rodeado de aquella multitud de ovejas que le reconocía por su amable pastor, é iban á pedirle su bendición. Algunas veces sus servidores amenazaban á los niños, y les hacían señas de retirarse temiendo que le importunasen; pero cuando él lo advertía, los reprendía con dulzura y les decía: *Dejadlos, dejadlos acercarse*; después agasajándolos y acariciándolos con la mano: *Esta es mi pequeña familia*, decía: *mi pequeña familia es esta*. Algunos atribuían casi á milagro el que los niños, que aun mamaban é iban en los brazos de las madres, apenas le descubrían en las calles, cuando saltaban y manifestaban deseos de acercarse á él; llorando si no los acercaban al santo varón, quien los festejaba y bendecía, y entonces quedaban contentos y satisfechos.»

á las inspiraciones de su corazón, buscó la paz en el seno de Dios. Después de haberse entendido como el ángel con el águila, establecieron su morada en el monte Pincio, en el día tan risueño y populoso, entonces desierto, é instituyeron los clérigos regulares de la congregación de Letran, llamados comunmente teatinos, del obispado de Carraffa, que fué después Paulo IV. Esta orden se compuso de sacerdotes sujetos á los votos monásticos, pero libres de las estrechas reglas, con objeto de poderse dedicar libremente á la predicación, á la administración de los sacramentos y al cuidado de los enfermos. Profesaron la pobreza sin, no obstante, mendigar, aguardando la limosna de la mano que cuida el lirio de los campos. Se impusieron la tarea de devolver al culto su antiguo lustre, recomendar el frecuente uso de los sacramentos, visitar á los enfermos, á los prisioneros y condenados, y convertir á los herejes. San Andrés Avelino les dió pronto mayor brillo.

Asolada la ciudad de Milan por las guerras de que era pretexto y víctima, vió fundar con la cooperación de María Zacarias de Cremona, de Bartolomé Ferrari y de Jacobo Antonio Morigia, patricios milaneses, los clérigos regulares de san Pablo, ó barnabitas. Se les destinó á dedicarse á los trabajos de las misiones, á dirigir los seminarios y á ayudar á los obispos. Hacían voto de no solicitar ningún empleo en su congregación, y no aceptarlo fuera sin una dispensa del pontífice.

Podríamos añadir también las congregaciones del Buen Jesús, de la Madre de Dios, de la Buena Muerte, de las Escuelas piadosas y otras más, bajo diferentes nombres.

San Felipe Neri, 1515-95.—Felipe de Neri, florentino, que unía á la erudición la humildad que le acompaña rara vez, hasta el punto de buscar el desden del vulgo con tanto cuidado como otros buscan su admiración, se asoció al cardenal Baronio y á otros personajes de gran mérito, con los cuales estableció la orden de los sacerdotes del Oratorio. Estos sacerdotes tuvieron un hospicio para los que iban en peregrinación al sepulcro de los apóstoles, y cuando el jubileo de 1600, dieron hospitalidad en tres días á cuatrocientos cuatro mil quinientos peregrinos, sin contar veinte y cinco mil mujeres (34). Podían cuando querían volver al mundo, sin tener más reglas que los cánones, más votos que el bautismo y el sacerdocio, ni otros vínculos que los de la caridad. Felipe de Neri fué compañero de los mayores santos, como Borromeo, Francisco de Sales y Félix de Cantalicio, amigo de los hombres más estudiosos, tales como Taguri, ilustre predicador y confesor, después cardenal; de Silvio Antonio, literato y poeta,

(34) Se calcula que aquel jubileo hizo afluir á Roma tres millones de devotos. Los príncipes y cardenales se encontraban en los hospicios, sin que se les atendiese más que al vulgo. Verificáronse entonces muchas conversiones.

que escribía los breves pontificios; del gran médico Miguel Meriati y de Baronio, á quien incitó á su gran trabajo de los *Anales*; permanecía entre los haraposos mendigos, bajo los pórticos de San Pedro, ó cerca de las tiendas de los cambiantes, en los tribunales ó en los palacios, insinuando con su inalterable dulzura ó con las ocurrencias naturales á su nación la calidad, la justicia, y á veces ayudando á la virtud que vacilaba. Se manifestaba tan indulgente en las cosas accesorias como firme en los puntos esenciales; dirigía las conciencias en el confesionario con una perspicacia admirable, al mismo tiempo que en el oratorio admitía á la juventud á devociones sin rigor y á estudios liberales. Todavía van á sentarse con un placer mezclado de respeto á un ribazo delicioso en Transtevere, desde donde se domina toda Roma, y que él había dispuesto en forma de anfiteatro. Allí es donde á la sombra de los hermosos árboles hacia representar á los jóvenes pequeñas comedias dedicadas á inspirarles piedad, verdadera y nueva bendición del arte y del teatro.

Volvióse á ver entonces en el púlpito á sacerdotes con sobrepelliz y bonete, cuando antes no se veían más que frailes. Juan Romillon fundó la orden de la doctrina cristiana, que reorganizó la instrucción elemental, reconociendo Bourdoisse la necesidad de restablecer la disciplina y la regularidad entre los eclesiásticos, hizo vivir en común á los curas de las parroquias en la comunidad de los sacerdotes de San Nicolás de Chardonnet; Pedro de Berulle, eclesiástico de alta categoría, organizó, á ejemplo de Felipe de Neri, los sacerdotes del Oratorio ligados con simples promesas, congregación en la que *entra el que puede, y sale quien quiere*, destinada á formar buenos sacerdotes. Pronto tuvieron seminarios y las demás escuelas, proporcionando excelentes predicadores. No se puede decir cuántas obras de teología, elocuencia, amena literatura, crítica é historia produjeron en pocos años.

Entonces fué también cuando Juan Jacobo Oliviero, hombre de excelentes intenciones, pero que no tenía bastante experiencia práctica, fundó en París el seminario de San Sulpicio (1641), cerca del arrabal de san German, al que se llamaba la pequeña Ginebra por los muchos protestantes que habitaban en él. De aquel seminario, modelo en Francia de todos los demás, salieron obispos, sacerdotes de gran celo y saber, y aquella congregación hizo tales servicios que fué la primera que se restableció después de la Revolución. Debíósele también una especie de asociación contra los duelos. Después hubo los solitarios de Puertoreal, que, si se excedieron, ofrecieron sin embargo grandes ejemplos de piedad y mansedumbre asociados á una profunda ciencia y á una educación muy cuidada.

No se conoció en aquella orden ni en las demás, ya nuevas, ya reformadas, las escesivas austeridades, las eternas salmodias, las repetidas pos-

traciones impuestas en siglos atrasados, á los sentidos que tenían necesidad de sacudimientos violentos; pues en la rica variedad de órdenes que acababan de introducirse se había procurado más bien el recogimiento del alma, la mortificación del corazón, la educación de la inteligencia y los medios de conseguir dominar la materia por el vigor del espíritu.

La miseria del pueblo se había aumentado considerablemente durante las guerras de aquel siglo, y la clausura de tantos conventos privó á una infinidad de personas del pan del cuerpo y del alimento espiritual. Para no citar más que un ejemplo, cuando Enrique VIII los abolió en Inglaterra, la multitud de individuos que vivían de las limosnas de los monasterios quedaron sin recursos, de lo que resultó un diluvio de mendigos; entonces dispuso Eduardo VI que todos aquellos vagabundos fuesen esclavos (*slaves*), y se les hiciese trabajar á palos, mal alimentados y con un collar de hierro. Esta ley se reprodujo, pero sin disminuir la miseria, de tal manera, que Isabel se vió obligada á establecer la *contribución de los pobres*, es decir, hacer obligatoria y legal aquella caridad que no solo tiene su mérito, sino su eficacia en su espontánea naturaleza, y que puede engañarse pero no ser falsificada.

Los católicos emplearon otros remedios. Después de haber defendido Gerónimo Miani, caballero veneciano la fortaleza de Castelnuovo contra los alemanes durante la liga de Cambray, y haber sido hecho prisionero, meditó sobre sí mismo como Ignacio durante su enfermedad; porque la cama y la prisión son pruebas terribles que proporcionan provechosas ocasiones de reflexionar sobre lo pasado y hacer propósitos para el porvenir. Libertado milagrosamente, se dedicó á recoger á los huérfanos que habían quedado de aquellas guerras y aquellas hambres; recorrió las islas venecianas buscando aquellos desgraciados y reanimando su caridad, de tal manera que no tardaron en formarse hospitales en todas partes para dar asilo é instrucción á los niños abandonados, y volver al camino del bien á las jóvenes estraviadas. Después en unión de los amigos animados del mismo pensamiento, instituyó en Somasca (1531) otros clérigos regulares destinados á enseñar las letras, las artes mecánicas y formar en la virtud. En la misma época Juan de Dios, soldado portugués, tenido por loco por las personas que no le comprendían, abrió en Granada (1540), para socorro de los enfermos, una pequeña casa que pronto llegó á ser un gran hospital. Sus discípulos fundaron otras, sirviéndolas ellos mismos y formando una comunidad llamada *De hacer el bien, hermanos*, de la exhortación que les dirigía como única regla. La congregación de la doctrina cristiana, instituida por César de Bussi (1592), oriundo de Milan, nació en Francia, y destinado á catequizar á los pobres, permaneció por algún tiempo reunido á los somascos, de los que se separó después.



Habiéndose nombrado una junta en España para reformar á los agustinos, el caballero José de Calasanz fué nombrado secretario de ella. Distráido de la solitaria oracion para ayudar á los obispos en sus trabajos, fué como misionero á los Pirineos, llenos de malhechores, en medio de un clero avaro é ignorante. Creó pósitos (*monti frumentarij*) y montes de piedad, fundó dotes para las doncellas, después fué á Roma, no á solicitar ser prelado ó cardenal, sino á visitar los hospitales y las prisiones; recogió á los niños de los pobres y los llevó á la escuela (1548), lo que produjo la formacion de una congregacion que añadió á sus votos el de dar gratuitamente instruccion á los niños. Fué elevado por Gregorio XV (1621) á la categoria de orden regular, bajo el nombre de Pobres de la Madre de Dios de las escuelas pias.

Sor Angela de Brescia, que nació en Desenzano, habiendo entrado en la orden tercera de San Francisco, anunció á la edad de veinte y seis años (1537), que Dios le habia mandado formar una nueva sociedad. Habiendo, pues, encontrado á setenta y tres compañeras de las primeras familias de Brescia, las puso bajo la proteccion de Santa Ursula. Debían permanecer en el seno de su familia, dedicarse á buscar á los desgraciados para socorrerlos, visitar los hospitales y enfermos, y por cuarto voto se comprometían á instruir á las niñas. Las fundadoras comprendieron que hacían una revolucion y decían: «Es necesario innovar el mundo corrompido, por medio de la juventud: las niñas reformarán á sus familias, las familias á las provincias, las provincias al mundo:» por lo demás no tenían austeras reglas ni contemplaciones; tomaban por modelo á santa Maria la solícita; y la señorita Sainte Beuve, que las introdujo en París en 1594, era amante de la vida, le agradaba la alegría y no lo disimulaba. Tenía tanto olor de santidad aquella admirable institucion de caridad y beneficencia que San Carlos acogió más de cuatrocientas hermanas en su diócesis: Francia tenía en 1668 trescientas doce casas de su orden, y luego se difundió no sólo en Europa sino también al otro lado del Atlántico, causando admiracion con su milagrosa caridad á los salvajes del Canadá, donde predicaban el Evangelio lo mismo que en la capital de Francia y de Inglaterra.

Luisa de Marillac fundó las hermanas de la Caridad, piadosas señoras, que solían ir en número de treinta ó cuarenta á los campos de batalla, á las ciudades sitiadas, y hasta á los países extranjeros para socorrer á los enfermos, como sucedió en la peste de Varsovia de 1652 (35).

(35) «Tal vez no hay nada más grande en la tierra que el sacrificio que hace un sexo delicado, de la belleza y de la juventud, á veces del elevado nacimiento, para consolar en los hospitales á aquel conjunto de todas las miserias humanas, cuya vista es tan humillante al orgullo humano, y tan repugnante á nuestra delicadeza. Los pueblos sepa-

San Vicente de Paul, 1576-1660.—La caridad encontró también un magnánimo campeón en san Vicente de Paul, nacido en Francia, de una familia de la clase media. Vino al mundo en una época en que las guerras de religion habían assolado su hermoso país, y emprendió cuando los reyes multiplicaban los males con sus soldados, disminuir su número con ayuda de Jesucristo. Ardiente en solicitar la generosidad de los ricos, proporcionaba á los campesinos dinero, utensilios y provisiones para que volvieran á emprender sus trabajos y recobrar su valor. Rocogió cual padre tierno á aquella multitud de niños abandonados por la miseria ó por el vicio, y los confió á los cuidados de las *hermanas de la Caridad*. Hizo olvidar á aquellas piadosas mujeres las comodidades de la vida para asistir á los enfermos, y ser madres, según Jesus, de los niños abandonados por las suyas (36). Después se introdujo en los presidios y galeras para socorrer á aquellos seres gangrenados, que la sociedad rechaza, y cambiar la sentina del mal en una escuela de mejoras. Informado del deplorable estado á que había reducido á la Lorena la guerra, emprendió remediarlo, y reduciendo la congregacion á lo más estrictamente necesario, mandó á aquel país tantas limosnas como pudo recoger. Era tal la miseria, que jóvenes de buenas familias se veían reducidas á prolongar su existencia vendiendo su honor. Las religiosas violaban la clausura para pedir pan; los curas morían de inanición con sus feligreses ó se unían al arado por falta de bueyes; aun más, las madres no abandonaban á sus hijos; los comían. Los lobos andaban errantes en medio del día por las campiñas desiertas, devorando á los hombres que se alimentaban con perros y caballos. No sólo sucedía esto en los campos, sino en las mejores ciudades, en Metz, en Toul, en Verdun; todas las mañanas se recogían en las calles diez ó doce personas muertas de hambre.

Incansable Vicente en su caridad, inagotable en sus recursos, consiguió mandar á aquella provincia 600,000 libras, él que no tenía ni aun un sueldo que fuera suyo: sirvióse para el efecto de los misioneros, que debían abrirse paso á través de los asesinos y croatas, y una vez llegados, recoger á los niños, cuidar á los enfermos y buscar nodrizas. Durante aquella época, iba á llamar en París á las puertas de los más elevados personajes, enterneciendo á los más duros, y determinando á la reina hasta á dar sus tapices. Después cuando la continuacion de la guerra hizo emigrar á todos los habitantes de París, les dió asilo y los alimentó;

rados de la comunión romana, solo imperfectamente han imitado una caridad tan generosa.» VOLTAIRE, *Ensayos sobre las costumbres*.

(36) Napoleon dice, hablando de las hermanas de San Vicente de Paula: *Estas sí que son instituciones útiles; habladme de semejantes sacrificios y no de vuestros filántropos, que charlan y no hacen nada.*

colocaba á las mujeres cerca de las señoras, proporcionaba á los hombres instrumentos aratorios y medios para devolver á la tierra su fertilidad; reclamaba para personas distinguidas socorros de las familias nobles, cuya caridad se escitaba al ver que él mismo no titubeaba en poner su congregacion en el caso de no saber que comer el día siguiente. Estendian los reyes los males de la guerra por el Artois, la Picardia, la Champagne, que se vieron reducidas á la desesperacion y al hambre, y él estendía la caridad hasta aquellas comarcas. Después, cuando se dió treguas á tantas desolaciones, redobló su celo para asistir á los desgraciados, para volver al buen camino á las almas que la desesperacion había arrastrado á la impiedad, y habiéndose presentado á Richelieu: *Monseñor, le dijo, dad la paz á la Francia y á sus assoladas provincias; tened piedad de tantos desgraciados conciudadanos.*

Habia fundado en París en 1625 la congregacion de la Mision, compuesta de sacerdotes seculares que hacían voto de constancia, é iban por todas partes durante ocho meses del año, predicando, confesando é instruyendo á los niños, restableciendo la paz, distribuyendo la justicia, consolando á los pobres y á los enfermos, y terminaban sus trabajos con una comunión general. Nunca debían ponerse á comer, sino entre dos mendigos, y decían: *Somos los sacerdotes de los pobres; Dios nos ha elegido para su consuelo; este es nuestro esencial deber, lo demás no es más que accesorio.* Pronto tuvieron establecidas veinte y cinco misiones, que poco después se aumentaron hasta el número de ochenta y cuatro. No quedaron limitados á Francia, sino que se extendieron por la Córcega, á la que destrozaban las desenfadadas animosidades; por Italia, donde el Piamonte, el país de Génova y la Romaña ofrecían ancho campo á su celo. Los pastores que conducían sus rebaños á la campaña de Roma y á los valles del Apenino, permanecían meses enteros sin disfrutar de los sa-

cramentos y sin oír la predicacion, ignorando hasta las verdades fundamentales de la fe. Los misioneros los reunían por la tarde para instruirlos, unas veces en los establos, otras á campo raso, y los días de fiesta los llevaban á algun tabernáculo para regenerarlos con los ritos sagrados. El mismo Vicente recorrió el mundo para buscar la ignorancia é instruir la, corregir el vicio, sostener la virtud y sustentar la pobreza. Sufrió el martirio del desprecio y de la calumnia, y se vengó aconsejando á la reina no sitiase por hambre á París como quería hacerlo para castigar á sus habitantes.

Fué poderosamente ayudado por el padre Bernardo, conocido con el nombre del *Pobre sacerdote*, en los hospitales, en las prisiones y en los presidios. Aquel hombre piadoso introdujo las asociaciones de caridad en las parroquias de París, contribuyó á la institucion de las hermanas de la Caridad, y á la del Refugio para las pecadoras.

Si reflexionamos que tantos héroes, befa de la sabiduría y bendecidos por el dolor, obran separadamente unos de otros, aunque conformes en el objeto y en los medios, no podríamos dudar hasta qué punto fué oportuna su mision y reclamada por la época. Es verdad que el mal no habrá sido destruido en su raiz, que la falsa filosofía no estaba excluida de las escuelas, que la organizacion de las universidades y corporaciones religiosas, á las cuales se hallaba confiada la elevada instruccion, no había cambiado; es verdad también, que las nuevas órdenes ó se enfriaron ó degeneraron; pero la caridad remediaba estos abusos é impedía á la corrupcion alcanzar su último límite. Ahora bien, el triunfo de los católicos nos parece incontestable, cuando pueden oponer su reforma de buenas obras y caridad á aquella otra religion que dudaba, que negaba y destruía; tenemos el firme convencimiento, porque descansa en infalibles promesas, que siempre quedará un católico para orar sobre el sepulcro del último disidente.